

CAPITULO XLIII.

Entran los españoles en Tlascala donde son recibidos en triunfo.—Cortés y los suyos reciben pruebas del afecto de los tlascaltecas.—Durante su permanencia en Tlascala sujeta á diversas tribus que se habian rebelado auxiliadas por los mejicanos.—Recibe Cortés algunos inesperados refuerzos.—Preparativos para la segunda expedición contra Méjico.

La fama de la victoria de Otumba llegó al Senado de Tlascala antes que los mensajeros que Cortés le enviaba, anunciándole su entrada por aquellas comarcas, y bien pronto salieron á recibirle y á felicitarle, á la poblacion de Gualipar, los ministros de aquella república que le permaneciera fiel lo mismo en los dias prósperos que en los adversos.

Doliase Cortés de su derrota al salir de Méjico, y los nobles tlascaltecas le consolaban á porfia, ofreciéndole todas las fuerzas de que podia disponer la república y las demás tribus confederadas, para lavar aquella mancha, aun cuando la victoria de Otumba la habia vindicado en gran manera.

Despues de tres dias de descanso en Gualipar, encaminóse la hueste á Tlascala, donde fue recibida en triunfo, y donde se solemnizó con grandes festejos su llegada, que causó una general alegría en sus habitantes.

Sin embargo, hubo que poner término á estos por la gravedad que tomó la herida recibida por Cortés en Otumba, llegando á tal estado que hizo temer una desgracia en la que seguramente se hubiera visto envuelto todo el ejército.

Felizmente los cuidados de los tlascaltecas, que convocaron á todos los mejores médicos de la comarca, diestros en el conocimiento de las mas eficaces yerbas, consiguieron atenuar la inflamacion del cerebro, y curar la herida, pudiendo el valeroso caudillo, al cabo de algunos dias volver á ocuparse de los negocios que tanto reclamaban su atencion.

Las noticias que recibiera de Vera Cruz fueron satisfactorias en extremo, porque los indios vecinos continuaban en buenas relaciones con los españoles, y estos se hallaban poseidos del mejor espíritu.

Mas á la par que esto le decian referente á la nueva colonia, dábanle quejas respecto al comportamiento de la tribu de Tepeaca, donde habian asesinado á varios españoles, y donde los mejicanos consiguieron exaltar los ánimos en términos que, no solo á los españoles, sino á los tlascaltecas sus aliados estaban ofendiendo tambien continuamente.

Guatimocin, sobrino de Motezuma, que habia sucedido á Quetzalabaca en el trono de Méjico, moströse desde los primeros momentos enemigo irreconciliable de los españoles, y preparóse á hacerles una guerra de exterminio, para lo cual procuró levantar el abalido espíritu de sus pueblos, y envió un cuerpo de treinta mil hombres á las tribus fronterizas, al objeto de animarlas contra los invasores.

El caudillo español comprendió que era necesario tanto defender á sus amigos cuanto defenderse á sí propio, y ordenó distintas expediciones, en las cuales quedaron duramente castigadas las provincias rebeldes, derrotado el ejército mejicano y agradecidos aquellos á quien tanto interés mostraba por sus asuntos como por los propios mismos.

Merced á esto tornaron á su obediencia áquellas tribus, y al ocupar de nuevo la ciudad de Tepeaca construyó en ella una fortaleza, á la que puso el nombre de Segura de la Frontera, y que fue la segunda poblacion que Cortés estableció en Méjico.

Por aquellos dias llegó á San Juan de Ulúa un buque enviado por Diego Velazquez en socorro de Pánfilo de Narváez, á quien suponía vencedor de Cortés, socorro que, aun cuando pequeño era, fue, sin embargo, muy grande para el que habia recibido tan gran quebranto en su retirada de Méjico.

Trece soldados, dos caballos y algunos víveres y municiones venian en el mencionado buque, bajo el mando de Pedro de Barba, antiguo amigo de Cortés.

Merced á una estratagema de Pedro Caballero, que tenia á su cargo la guarda de la costa, consiguió apoderarse de ellos, y bien pronto se pasaron al lado de Cortés, obrando de igual manera otro refuerzo algo mas importante que al cabo de ocho dias llegó tambien en un nuevo buque.

Alegre Cortés con este socorro que le enviaba su contrario, y sin descuidar un instante su empresa de volver á Méjico, al objeto de salvar la laguna, obstáculo insuperable que habia de oponerse á la realizacion de su plan, ideó construir doce ó trece bergantines, y llevarlos desarmados por tierra en hombros de los indios tacuanes, para pasar con ellos aquella, venciendo la resistencia que seguramente le opondrian las canoas de los mejicanos.

Comunicó su proyecto á Martín Lopez, quien se encargó de la ejecucion, y en compañía de los soldados que sabian algo de construccion de buques marchó á Tlascala, llevándose consigo la clavazon, herraje y jarcias de los buques mandados barrenar por Cortés, que como sabemos se habian conservado esperando que algun dia habrian de ser de utilidad.

Estrajo la brea de algunos árboles que daban gran cantidad de resina, y se fabricó pólvora con el azufre de un volcan inmediato, consiguiendo, merced á esto, ponerse en disposicion de verificar lo que se habia propuesto.

Al mismo tiempo proseguia infatigable su sistema de alianzas con las tribus de las montañas, y, con los nuevos refuerzos que otra casualidad le deparó, hallóse puesto en estado de emprender las ope-

raciones contra Méjico en mas favorables condiciones que la vez primera.

Fue el caso que Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, intentó varias veces, aun cuando sin resultado favorable, apoderarse de algunos territorios por la parte en que Cortés habia emprendido su conquista.

Las tentativas que hizo se estrellaron ante la resistencia de los indios de Panuco, que eran feroces y valientes, y esto en vez de desalentar á Garay, á quien ya Cortés habia manifestado tambien que no penetrase en su jurisdiccion, aprestó una fuerte expedición que envió de nuevo á aquellas costas.

Pero su resultado fue igual al de las anteriores. Rechazados por los naturales, tornáronse á embarcar los expedicionarios con tal precipitacion que los buques se dieron á la mar sin orden ni concierto, y navegando por espacio de algunos dias á la ventura fueron llegando á Vera-Cruz, donde se ajustaron para combatir á las órdenes de Cortés, cuya fama habia llegado ya á sus oidos y por quien fueron acogidos con alegría.

Con ciento cincuenta soldados y diez y siete caballos se reforzó el ejército español, y aun cuando muchos de los que llegaron en la expedición de Pánfilo de Narváez quisieron retirarse, y se retiraron embarcándose para Cuba, Cortés no sintió tanto este abandono merced á aquel inesperado auxilio, que habia de serle de una gran utilidad.

En los buques habian llegado municiones, armas y víveres, y bien pronto se previno el ejército para tomar la vuelta de Méjico, mas animoso y confiado que nunca.

Hernán Cortés pasó aviso á las tribus confederadas para que con arreglo á sus tratos le tuvieran prontos sus respectivos contingentes de hombres y víveres, y despues de despachar nuevas cartas al emperador Carlos, dándole parte de cuanto habia hecho, y pidiéndole socorros que tan necesarios le eran, dió comienzo á su viaje.

Quinientos cuarenta infantes, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería contaba la expedición española, á la cual se unieron, segun el parecer de los mas autorizados historiadores, sobre sesenta mil indios, aun cuando despues debió aumentar considerablemente este número, toda vez que parece indudable que durante la expugnacion de Méjico llegó á reunir bajo su mando sobre doscientos mil hombres.

No sin grandes penalidades, no sin tener que sufrir muchas molestias, cruzaron nuestros aliados la distancia que les separaba de Tezcuco.

Varias veces los mejicanos trataron de atacarle en el camino, pero otras tantas desistieron de su propósito viendo el numeroso ejército que llevaba el invencible caudillo.

El señor de Tezcuco trató de tenderle un lazo tambien, pero al ver lo poderoso de sus fuerzas abandonó su propósito, y desamparó la ciudad, marchando á unirse con el grueso de las tropas mejicanas.

Alojado Cortés y los suyos en Tezcuco bien pronto fueron regresando á la ciudad cuantos nobles la habian abandonado, consiguiendo el agrado del jefe, y la disciplina y buen comportamiento de sus soldados, que la poblacion se pusiera de buen grado bajo su dominio en representacion del rey de España.

Las quejas que todos dieron á Cortés del mal trato del señor de Tezcuco, y lo aborrecido que era de sus vasallos, hicieron concebir al esforzado caudillo la idea de poner un nuevo monarca en aquel estado, que por medio del agradecimiento fuese un bueno y leal aliado; y consecuente con este plan propúsolelo á la nobleza, y esta le significó para semejante cargo á un descendiente de sus antiguos señores, toda vez que el que tenian á la sazón era un usurpador.

Aprobó Cortés la determinacion, patrocinóla, y el nuevo rey fue proclamado con verdadero entusiasmo, siendo siempre un fiel aliado de Cortés, y bautizándose á los pocos dias, tomando el nombre de Hernando Cortés en obsequio á su padrino que lo fue el caudillo español.

Durante este tiempo estábanse trabajando en la obra de los canales que comunicaban con la laguna, pues era necesario darles mayor profundidad, al objeto de que pudieran navegar cómodamente los bergantines.

El nuevo señor de Tezcuco facilitóle hasta siete mil indios para practicar aquella operacion, no descuidando tampoco Cortés otras no menos importantes para asegurar el buen éxito de su empresa.

Trató de apoderarse de Iztacpalapa, ciudad importante, á una jornada de Tezcuco, y que por su posicion sobre el lago servia de refugio á las canoas de los mejicanos, pero no correspondió la empresa á sus esperanzas.

Los de Iztacpalapa le atrajeron á una emboscada, sin presentar la cara, y replegándose á la parte de la ciudad que correspondia sobre la laguna, trataron de inundar la otra parte á favor de la noche, mas descubierta su intencion, emprendieron la retirada las tropas de Cortés, no sin castigar durante ella por dos ó tres veces á los que iban persiguiéndoles.



LIT. VIDAL ROMERO

J. SERRA, LIT.

LOS ESPAÑOLES TRANSPORTAN SU ESCUADRA AL TRAVÉS DE LOS MONTES.

CAPITULO XLIV.

Consigue Cortés posesionarse de una porcion de poblaciones, bien por alianzas, bien por fuerza de armas.—Queda acordado el ataque de Méjico.—Conspiracion de Villafañe.—Muerte de este.—Toma de Méjico despues de sangrientos combates y prision de Guatimocin.

DURANTE la residencia de Cortés en Tezucuo fueron presentándosele varios caciques á someterse voluntariamente al poder del rey de España, ofreciéndole su amistad y su apoyo, y bien por este medio, bien por el de las armas, el valeroso caudillo iba cada dia atrayéndose nuevos auxiliares, y arrebatando fuerzas á sus contrarios.

Estos, sin embargo, eran muy numerosos todavía, y deseando castigar á los caciques que habian celebrado amistad con los españoles, enviaron á Chalco y Otumba un cuerpo de treinta mil mejicanos para que les declarasen la guerra.

Mandaron aquellos aviso á Cortés del riesgo en que se hallaban, y este á su vez ordenó á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo que, con un cuerpo de trescientos soldados españoles y buen número de tlascatecas, se dirigiesen en su ayuda.

Hicieronlo así, y bien pronto quedó castigado el ejército mejicano, acudiendo los caciques de las dos provincias socorridas á dar gracias á Cortés, y á ratificar su alianza con él, ofreciéndole sus milicias para ayudarle en su empresa.

Entre tanto, diez mil tlascatecas se ocupaban en la traslacion de los bergantines que desde aquella república se trajeron á Tezucuo, donde se armaron, botándose al agua, y dando la última mano con esto á los preparativos para el ataque de la metrópoli.

Durante el espacio que medió en todas estas operaciones, Cortés no permaneció inactivo; hizo varias correrías por las poblaciones que rodeaban á Méjico, combatiendo mas de una vez con grave exposicion, y causando siempre enormes pérdidas á los contrarios.

Dispuesto ya todo para el ataque general, hubo de distraerle un acontecimiento que, por lo inesperado y atrevido, hubiera podido traer fatales consecuencias para todo el ejército.

Un soldado oscuro, y sin que su nombre apareza citado en las historias de aquellos sucesos, mas que en el deshonroso caso presente, llamado Antonio de Villafañe, perdida la esperanza de alcanzar buen éxito en la empresa, trató de abandonar al ejército, consiguiendo hacer algunos prosélitos.

Mas como tropezaran con el inconveniente de que no podian embarcarse en Vera-Cruz, si no llevaban algun permiso ú orden de Cortés, decidieron, por instigacion de Villafañe, asesinar á Cortés y á varios de sus otros capitanes, nombrando un nuevo jefe que habia de serlo un pariente del gobernador de Cuba, al cual, sin embargo, no habian participado su proyecto temerosos de su carácter leal y pundonoroso.

Próxima la realizacion de tan infame plan, uno de los mismos conjurados se lo reveló á Cortés, el cual con toda diligencia procedió á prender á Villafañe, el cual pagó con la vida su delito.

Otra nueva conspiracion hubo de ahogar promovida por Xicontenac, general de los auxiliares tlascatecas, el cual, desavenido ya con Cortés, abandonó el ejército seguido de algunas compañías; pero aquel pagó tambien con la existencia su rebelion, volviendo los tlascatecas á incorporarse al ejército, que dividió este en tres cuerpos para atacar la ciudad por tierra, mientras los bergantines penetraban por el lago.

Multitud de canoas subieron á disputar el paso á estos, mas pronto quedaron desbaratadas mientras en tierra proseguia la lucha.

No entra en nuestro propósito detallar toda la multitud de combates que los españoles, ayudados por las otras tribus amigas, hubieron de sostener hasta conseguir apoderarse de la ciudad, puesto que semejantes detalles son mas propios de una historia particular que de una general como la nuestra.

Noventa y tres dias duró el asedio, y fácilmente se comprende que durante ellos ni habian de escasear los combates ni los hechos heroicos.

Los mejicanos hicieron uso de varias sutilezas y astucias para vencer á sus contrarios, para destruir sus buques, para apartar de su lado á las tribus que les auxiliaban, pero todo fue inútil, ellos fueron los que sufrieron pérdidas horribles, debiendo finalmente sufrir los tormentos del hambre y de la sed, puesto que la línea del bloqueo puesta por los españoles se mantenía con una severidad extraordinaria.

Llegó Cortés hasta la plaza en que se hallaba el templo, donde en otra época dejara colocada una sencilla cruz que habia sido reemplazada por el dios de la guerra de los mejicanos, pero se vió rechazado, viéndose en grave peligro, y teniendo que retirarse con su hueste destrozada y él mismo herido.

Mas no por eso se desanimó; de nuevo tornó al ataque, y finalmente, el dia 13 de agosto de 1521, despues de un avance simultáneo por las tres divisiones, consiguió llegar á la gran plaza de Hatcluco, donde estaba el gran mercado de la ciudad, llevando la consternacion y el espanto á la corte del Emperador, que se hubo de refugiar en un extremo de esta.

Entabláronse negociaciones para la paz, pero mientras en Cortés eran hijas de un sentimiento de generosidad y de nobleza digno del mayor elogio, en los mejicanos era solamente un ardido para distraer á los enemigos, y aprovecharse de su confianza para poner á salvo al Emperador y á sus ministros.

Felizmente Cortés habia previsto este caso, confiando la guarda

de la laguna á Gonzalo de Sandoval, el cual tenia á sus órdenes todos los bergantines y canoas que se habian podido proporcionar de otros puntos.

Mientras los negociadores de la paz anunciaban á Cortés que al dia siguiente pasaria Guatimocin á su alojamiento para tratar por sí mismo las condiciones, preparaban la fuga de este, y fueron dando largas á la entrevista, poniendo á Cortés en el caso de que les fijase un plazo para decidirse.

El dia en que este espiraba, observó Sandoval que se embarcaban con gran precipitacion multitud de mejicanos, y dió aviso á Cortés, á la par que reuniendo sus buques se aprestaba para darles caza.

Los mejicanos habian resuelto atacar á sus contrarios, y entretenerlos para que el Emperador pudiera entre tanto ponerse en salvo, pero Sandoval, sin descuidar la pelea, observó algunas canoas que trataban de escapar, y dió órdenes al capitán García de Holguin para que fuese á darles alcance.

Hizolo así este, y pronto al verse aquellas en tan grave riesgo se detuvieron, diciendo los que las tripulaban que no disparasen, pues iba en ellas el Emperador, y se entregaba prisionero.

Inmediatamente García de Holguin y sus soldados se apoderaron de la presa, y Guatimocin le dijo:

«Yo soy tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar; solo te pido que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus criadas (1).»

Pasó al bergantin sin demostrar en su rostro el mas leve temor, y dió la mano para que subiera á su esposa, tranquilizando á Holguin respecto á las demás piraguas, diciéndole que todas las gentes que iban en ellas, desde el momento en que él estaba prisionero, se rendirian tambien, como así sucedió.

La noticia de la prision del Emperador, al esparcirse por entre las canoas que combatian en el lago, y por entre los mejicanos que peleaban en la ciudad, abatióles de tal manera que ya no pudieron oponer resistencia alguna.

Cortés acudió inmediatamente, merced al aviso que le dió Holguin, á recibir al Emperador, saludándole respetuosamente, y ordenando á los suyos que le tratasen con todas las consideraciones que su desgracia exigia.

Asegurada ya la persona de Guatimocin, presto quedó la capital por los españoles, asombrándose estos al ver el gran número de combatientes que todavía quedaban en ella, á pesar de la multitud que habian muerto durante los repetidos combates anteriores.

Varios dias necesitáronse para limpiar la ciudad de los muchos cadáveres que la infestaban, trasformándose en templos cristianos los principales de los dioses mejicanos, y procediéndose al reparto del botin, el cual no correspondió á las fabulosas esperanzas de los soldados.

Suponíase que tenia Motezuma grandes tesoros, y como estos no se hallaron, la codicia y el despecho prestó alas á la crueldad, y por instigacion de Julian Alderete, que era el tesoro del ejército, y hombre asaz importuno y cruel, fueron sujetos Guatimocin y su ministro á la cuestion del tormento, al objeto de que descubriesen el lugar en que se hallaban escondidas aquellas riquezas.

Al lado de los heroicos y nobles hechos que encierra la historia de la conquista de Méjico, no es posible pasar por alto esa vergonzosa página, sobre la cual la critica imparcial y justa no puede menos de fulminar su mas tremenda censura.

Aquellos guerreros, que tan inmarcesibles laureles habian alcanzado, fueron á marchitarlos y á envilecerlos con una maldad tan repugnante.

Guatimocin y su ministro fueron retirados del tormento, y encerrados en una prision de la que salieron tres años despues para morir en una horca en compañía de otros caciques acusados de conspiracion contra los españoles.

La posesion de Méjico proporcionó á estos la sumision de todas las demás provincias tributarias ó limítrofes con él.

Las atenciones que habian rodeado al emperador Carlos, y los esfuerzos hechos por el rencoroso gobernador de Cuba, habian impedido que Cortés recibiese socorros de España, llevando á cabo su empresa solamente con los auxilios que la casualidad le proporcionó, y los que le prestó su mismo genio.

Rodeado de espías, decidióse en 1528, despues de siete años de haberse posesionado de Méjico, á venir á España á dar todas las explicaciones necesarias de su conducta, á instancias del obispo de Osma, presidente del Consejo de Indias.

El Emperador recibió cual se merecia al que le habia ganado mas provincias que ciudades heredara de sus padres y abuelos, haciéndole merced del hábito de Santiago, y confiéndole el título de marqués del Valle de Guaxaca, con extensas posesiones en el territorio que habia conquistado.

Erigióse en sede episcopal la ciudad de Méjico, establecióse en ella una Audiencia, é inmediatamente, y á la fama de las riquezas y excelentes condiciones de aquel territorio, acudieron de todos los puertos españoles multitud de emigrados que en breve espacio repoblaron y reconstruyeron la semiarruinada capital.

(1) Solís, *Conquista de Méjico*.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 23.

FRANCISCO PIZARRO.